

«YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA»

Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». (Jn 11, 20-27)

Dios creó al hombre para la vida, la comunión y el diálogo; y no para la muerte. Dios, en efecto, según uno de los relatos bíblicos, modeló al hombre del polvo de la tierra y lo hizo un ser viviente al insuflar en él su aliento de vida. «Entonces el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo» (Gen 2, 7). Esto quiere decir que Dios deposita en el hombre modelado del polvo, un principio de vida proveniente de él y diferente al resto de las criaturas.

Ahora bien, la experiencia cotidiana constata que los seres humanos nacen y mueren, guste o disguste al hombre moderno; y a pesar de sus esfuerzos por prolongar la vida. Pero cabe preguntarse de qué muerte hablamos. El Sabio dice que por envidia del diablo entró la muerte en el mundo.

No os procuréis la muerte con vuestra vida extraviada, ni os acarreéis la perdición con las obras de vuestras manos. Porque Dios no ha hecho la muerte, ni se complace destruyendo a los vivos. Él todo lo creó para que subsistiera y las criaturas del mundo son saludables: no hay en ellas veneno de muerte, ni el abismo reina en la tierra. Porque la justicia es inmortal. (Sab 1, 12-15)

Dios creó al hombre incorruptible y lo hizo a imagen de su propio ser; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los de su bando. (Sab 2, 23-24)

San Pablo enseña que «la ley del Espíritu de vida» nos «ha librado de la ley del pecado y de la muerte».

No hay, pues, condena alguna para los que están en Cristo Jesús, pues la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Lo que era imposible a la ley, por cuanto que estaba debilitada a causa de la carne, lo ha hecho Dios: enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne, para que la justa exigencia de la ley se cumpliera en nosotros, los que actuamos no de acuerdo con la carne, sino de acuerdo con el Espíritu. (Rom 8, 1-4)

Pero estas perspectivas no parecen tener mucha aquiescencia en la cultura dominante. ¿Podemos resignarnos ante el hecho inevitable de la muerte biológica? ¿No es la fe cristiana una religión de la vida? ¿De qué vida estamos hablando?

En las múltiples y plurales corrientes culturales de nuestro mundo, algunos sueñan hoy con alargar la vida, con hacerla indefinida; otros hablan de «vivir la vida», disfrutar al máximo el tiempo de la existencia terrena. En mis diálogos con personas cristianas de la parroquia suele escuchar como un mantra. Dios nos ha creado para ser felices. Pero luego la realidad de sus vidas es bastante dramática. Entre el deseo y la realidad se abre una

gran brecha. A mi entender hay una falta de realismo y nos empeñamos en un cierto voluntarismo, que lejos de proporcionarnos la verdadera alegría pascual conduce a no pocas frustraciones y depresiones. Aquí puede resultar interesante recordar lo que santa Teresita del Niño Jesús dijo: los mártires dieron la vida con alegría, mientras que el rey de los mártires lo hizo con tristeza.

Es la expresión del deseo innato de vivir, depositado por Dios en lo más íntimo de la persona, de la humanidad. Pero, una buena parte de los que se arrogan la capacidad de decidir sobre el bien y el mal, esto es, lo correcto según la razón superior del pueblo o del partido, propugnan el derecho a decidir la muerte digna, la eutanasia. Esta amalgama de cosas es signo de que «el deseo» puesto por Dios en la entraña del ser humano puede, como sabemos por la historia y por la fe, desorientarse, pervertirse. Así sucede cuando el ser humano, personal o grupalmente, se convierte en su propio referente, cuando la razón y la ciencia pretenden tener la última palabra.

Antes que la ciencia, fueron las «religiones» y «filosofías» pioneras en dar respuesta a los interrogantes sobre la vida y la muerte, sobre el nacer y el morir. El pensamiento mitológico, a partir de las fuerzas de la naturaleza con su continuo retorno, propuso diferentes respuestas en el horizonte de la reencarnación. El «morir» del invierno y el «renacer» de la primavera se presentaba como un lenguaje simbólico para suscitar la esperanza de los hombres deseosos de vida, jamás resignados ante la muerte. Todavía hoy pervive la idea de la reencarnación.

La filosofía griega desarrolló el tema de la inmortalidad del alma. El cuerpo muere, pero el alma, liberada del cuerpo, vive y sobrevive. El cuerpo aparece así como la cárcel del alma. La muerte del cuerpo es una liberación para el alma.

La fe bíblica se desmarca de la respuesta de las religiones míticas y de la filosofía helena. Con más radicalidad rechaza el aporte de ciertas corrientes nihilistas de nuestro entorno cultural. Pues bien, en el contexto pluricultural de nuestra sociedad, conviene ahondar en la afirmación sorprendente de Jesús a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá». Marta, María, sus acompañantes y el mismo Jesús se conmovieron y lloraron ante la muerte del hermano y amigo amado.

El signo de la reanimación del cadáver de Lázaro, que llevaba ya cuatro días en el sepulcro, nos reenvía a una realidad infinitamente superior: Jesús es la resurrección y la vida, no un simple taumaturgo que hace cosas extraordinarias. Y, por otra parte, no es lo mismo la reanimación de un cadáver y la resurrección de Jesús. Lázaro volvió a la vida, pero luego volvió a morir. Jesús vive para siempre, constituido Señor de vivos y muertos. Su resurrección no es una simple vuelta a la vida, es una auténtica transfiguración. Hablemos de ello.

I.- «YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA»

El evangelio según san Juan es, ante todo, el Evangelio de la vida y de la luz. El prólogo del evangelio se abre con esta afirmación:

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. (Jn 1, 1-4)

El Verbo encarnado, antes de reanimar el cadáver de su amigo Lázaro, afirma ser la resurrección y la vida. Tratemos de adentrarnos un poco en el sentido de esta afirmación sin la cual nuestra fe sería vana. Jesús no se limita a decir a Marta que su hermano, el que yace en la tumba, resucitará, sino que se presenta como la resurrección y la vida, quien cree en él, aunque muera vivirá. La afirmación es de capital importancia y debemos adentrarnos en ella de forma progresiva.

1.- El contexto inmediato y remoto

Desde el prólogo de su evangelio, como acabo de indicar, el evangelista insiste en que Jesús, la Palabra encarnada, es fuente de vida y, por tanto, luz de los hombres. Todo fue creado por la palabra eterna. La Palabra que se hizo carne y, por tanto, débil y mortal, se autoproclama ahora dadora de vida imperecedera. La misión que le ha sido confiada es de resucitar en el último día a los que el Padre le ha dado y confiado.

Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día». (Jn 6, 39-40)

La vida que Jesús aporta es «la vida eterna»: una vida cualitativamente distinta. No es una simple prolongación de la «vida creada»: hay una novedad que conviene notar, a fin de comprender «el progreso» existente en las afirmaciones de Jesús.

Detengámonos en el contexto inmediato en que Jesús, según el evangelista, hace esta afirmación capital: «Yo soy la resurrección y la vida». Los judíos siguen tratando de arrestar a Jesús, han decidido darle muerte; pero él se evadió y se retiró al Jordán donde Juan Bautista había dado comienzo a su predicación. No había llegado todavía su hora, la hora del Padre. Jesús va a la muerte libre y responsablemente. Nadie le quita la vida. El Pastor da, entrega, libremente su vida por las ovejas: tal es la orden que ha recibido del que lo ha enviado al mundo (cf. Jn 10, 17-18).

Después de la resurrección de Lázaro, el cerco de los judíos y su determinación de darle muerte va en aumento. Las autoridades ven en Jesús un peligro. Hace muchos signos y el número de los que creen en él va en aumento. Incluso tratarán de dar muerte a Lázaro, pues muchos judíos, por su causa, se le iban y creían en Jesús (Jn 12, 9-11).

Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: «¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación. Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: «Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera». Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no solo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos. (Jn 11, 47-54)

Si en otros momentos, la autoridad había invocado la razón religiosa para dar muerte al Nazareno, ahora la argumentación es tanto de tipo político como religioso. El evangelista la califica de profética, para añadir que Jesús iba a morir para reunir a los hijos de Dios dispersos. Ha llegado la hora del Padre a través de la hora de las tinieblas. Jesús lo sabe y avanza con decisión. Pasemos ahora al relato como tal.

2.- El relato donde se inserta la afirmación de Jesús

2.1.- «Señor, el que amas está enfermo».

Marta y María, hermanas de Lázaro, comunican a Jesús, que su «amigo amado», está enfermo grave, al borde de la muerte. Jesús, al escuchar la noticia, dice: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». (Jn 11, 4) Todo, también la enfermedad, contribuye a revelar la gloria de Dios y de su enviado, como san Juan recalca a lo largo de su evangelio (cf. Jn 9, 3; 1, 14; 7, 39; 12, 16.23.28; 13, 31.32; 17, 1-5). He aquí un punto importante. Dios revela su gloria (en hebreo KABOD, que significa originalmente peso, gravedad, fuerza, DOXA, significa más bien reputación, prestigio) de modo especial en las situaciones más extremas.

El evangelista insiste en el amor de Jesús por María, Marta y Lázaro, para añadir a renglón seguido como Jesús esperó a que muriese Lázaro para ponerse en camino. Resulta igualmente llamativo que Jesús anuncie a sus discípulos la muerte de su amigo con estas palabras: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo» (y lo despertará con un grito). Estas palabras de Jesús sorprendieron a los discípulos: ¿Cómo equiparar la muerte con el sueño? El narrador pone de relieve así el conocimiento y soberanía de Jesús, así como la falta de inteligencia y profundidad de los discípulos, que siguen encerrados en ellos mismos.

El signo que Jesús va a realizar es para que los discípulos crean. Ellos a la vista del primer signo, el de las bodas de Caná, creyeron en él y le siguieron (cf. Jn 2, 1-11); pero estaban muy lejos todavía de conocer de verdad quién era realmente Jesús. Él era el vino nuevo de la nueva alianza. Ahora va a realizar el último signo, reavivar el cadáver del amigo amado, con la misma finalidad, para que los discípulos crean. Pero el signo que puede llevar a los suyos a la fe, producirá un efecto contrario en los que se niegan a creer en los signos y, en consecuencia, en su persona. Ahora bien el signo definitivo será su elevación en y a través de la cruz y resurrección.

2.2.- «Vayamos y muramos con él»

Los discípulos saben que los «judíos» habían decidido eliminar a Jesús, razón por la que se habían retirado con él al Jordán. Todo resulta desconcertante para el buen sentido. Ahora decide acudir a Betania, justo cuando Lázaro ha muerto. Todo parece un contrasentido mirado desde la razón. En ese contexto, el evangelista relata la reacción de Tomás, el que luego se resiste a creer en la resurrección de Jesús: «Vayamos con él, arenga a los otros discípulos, y muramos con él». Nos encontramos ante una fe entusiasta y voluntariosa, pero totalmente insuficiente. Llegado el momento de la muerte del Maestro, todos lo abandonarán.

De todas formas, conviene notarlo, todo presagia la muerte de Jesús y señala que su seguimiento lleva consigo exponer la vida. Ciertamente, esto acontecerá cuando el Espíritu sostenga la voluntad débil de los discípulos; pero los discípulos se hallan ya en la buena dirección desde el momento que están dispuestos a seguirlo arriesgando su propia vida. ¿Estamos dispuestos a caminar con Jesús hasta la cruz?

2.3.- El encuentro de Jesús con Marta y María

Jesús se encamina a Betania con sus discípulos. Lázaro lleva enterrado cuatro días. El amigo amado no es más que un cadáver en descomposición. Jesús, como en las bodas de

Caná, es el último en llegar. ¿Qué puede hacer ante la realidad de la muerte el que remedió la falta de vino y lo dio en abundancia para consumir con alegría la alianza de la boda? ¿Qué significado tiene para el evangelista este último signo con relación al primero? El lector avanza con el suspense propio de la fe. Muchos, antes que él, habían venido para consolar a Marta y María por la pérdida de su hermano. ¿Puede Jesús hacer algo más?

Marta, se entera de que Jesús está de camino, se levanta y sale a su encuentro. Es la mujer de acción. María permanece sentada, aguarda en el silencio. Las dos se saben amadas y aman al amigo. Sus reacciones son complementarias.

El evangelista narra de inmediato el encuentro y diálogo de Marta con Jesús. Marta es la primera en hablar. Las palabras de Marta (el evangelista las repite luego en labios de María) son la expresión de un amor y confianza sin igual en Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano». (v. 21) Estas palabras expresan su fe en el poder de Jesús sobre la enfermedad, pues conocía cómo había curado a otros. Además la amiga de Jesús añade unas palabras significativas, ya que reconoce en él a alguien muy cercano a Dios: «Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». (v. 22) Marta cree en el poder de Jesús, a quien considera un verdadero hombre de Dios, capaz de desencadenar, con su oración, el poder de Dios, como lo hiciera la oración de Elías y de otros siervos de Dios.

Ante las palabras de Marta, Jesús le responde: «Tu hermano resucitará» (v. 24). Es una palabra afirmativa, plena de autoridad. No es una simple promesa. No lo afirma en nombre de Dios después de haber orado o actuado al estilo de los profetas. Es la palabra soberana de quien tiene plena autoridad y seguridad.

Marta, mujer creyente y partícipe de la fe del pueblo elegido, responde con convicción a la palabra de Jesús: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día» (v. 24; cf. Dan 12, 2; 2Mac 12, 44; Jn 5, 28-29; 6, 39-40; Hch 24, 15). Es una mujer anclada en la tradición religiosa de su pueblo, en una esperanza proyectada hacia el último día. Pero Jesús va más allá y sorprende a Marta (a cuantos somos Marta) con una afirmación inaudita y un interrogante: «Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?» (vv. 25-26)

Jesús no pregunta a Marta si entiende lo que acaba de decirle. Pregunta si cree lo que escucha. No es lo mismo. Como sucedió en la respuesta de Pedro (cf. Jn 6, 68-69), Marta responde con una fe incondicional en la afirmación de Jesús: «Ella le contestó: “Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”» (v. 27) La respuesta de la mujer anticipa la confesión de la fe apostólica, a la que el evangelista trata de conducir al lector de su evangelio, como lo afirma al final del mismo: «Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.» (Jn 20, 30-31) Quien cree tiene ya en él la vida imperecedera, la vida eterna. Pero notemos algo importante, la afirmación de Jesús no viene de los profetas o de la Iglesia apostólica, sino del propio Jesús. La respuesta de Marta es la respuesta de la fe apostólica. Es muy importante notarlo. El evangelio no es invención de los hombres dirá Pablo (cf. Gal 1, 11-12).

Llegado a este punto, el evangelista interrumpe el diálogo entre Jesús y Marta. Ella deja a Jesús, ahí donde lo había encontrado, y se pone en camino para comunicar a su hermana la

llegada de Jesús. Es la misión, como lo señala a lo largo su evangelio nuestro evangelista. Andrés va al encuentro de su hermano, la samaritana al encuentro de su pueblo, el paralítico al encuentro de los jefes, el ciego comunica a todos quien lo ha curado... etc. Y todo ellos tratan de conducir a los suyos a Jesús, el Mesías, la fuente, la resurrección. La misión nace de la fe y la finalidad de la misión es llevar a los hermanos al encuentro con el Señor: «No podemos guardar a Jesús para nosotros». (Benedicto XVI)

La manera como Marta anuncia a su hermana la presencia de Jesús es muy significativa. «Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: “El Maestro está ahí y te llama”». Marta no se queda con Jesús, va en busca de su hermana, es lo propio de quien se halla animada por el consuelo y alegría del encuentro con el amado; pero sigue usando el título de Maestro, que la gente daba a Jesús, y no el de la profesión de fe que acaba de pronunciar. Es también interesante notar esta palabra de Marta a María: «Te llama». Esto no se desprendía de la conversación entre Jesús y Marta. Es necesario desplazarse para ir al encuentro con el Maestro y dejar a los que tratan de consolarla.

En cuanto escucha que el Maestro la llama, notemos el movimiento, María se levanta de inmediato y va hacia él. Tal es el movimiento de la fe en respuesta a la llamada del Maestro: «Apenas lo oyó, se levantó y salió adonde estaba él: porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado» (vv. 29-30) Este ponerse en camino hacia Jesús es lo propio de la fe y del amor. Y el evangelista añade cómo los judíos que estaban con ella en casa consolándola, pensando que iba a la tumba para lamentarse, la siguieron.

En cuanto llegó adonde estaba Jesús, María se arroja a sus pies y repite las palabras de Marta. «Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: “Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano» (v. 32) El signo de arrojarse a los pies de Jesús es la expresión de la fe cordial. Fe y amor se conjugan en el acto de la adoración.

Jesús, viendo llorar a María y a los judíos que la acompañaban, se conmovió en su espíritu y preguntó dónde habían enterrado a Lázaro. Lo oyentes le contestan: «Señor, ven a verlo». Y «Jesús se echó a llorar». El que sabe y habla con autoridad, es sensible, comparte el llanto de los que ama. Había afirmado que Lázaro dormía, que su muerte serviría para gloria de Dios y el Hijo sería glorificado en ella. A Marta, le había dicho con claridad y firmeza: «Tu hermano resucitará». ¿Cómo es que ahora el evangelista narra el llanto de Jesús, su conmoción en el espíritu? Jesús llora. El evangelista recuerda así la humanidad del Verbo eterno venido en la carne. El Hijo de Dios no se disfrazó de hombre, se hizo hombre; y es propio del ser humano compartir las lágrimas de los afligidos, llorar ante la tumba del amigo amado. El Verbo encarnado no es un «Dios apático», ni un «Dios antipático» sino el «Dios sin-pático», esto es, el Dios que ama y comparte las lágrimas de los que sufren, que se estremece ante la muerte y la situación de un mundo que no acierta a encontrar por él mismo una respuesta al enigma de la muerte y de la vida, el verdadero consuelo. El consuelo aportado por los judíos no responde plenamente al corazón de quien ama la presencia del amado.

2.4.- Jesús ante la tumba

Los judíos, viendo llorar a Jesús, constatan su amor por Lázaro; pero algunos no acababan de entender y se preguntaban: «Y uno que le ha abierto lo ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que este muriera?» La pregunta fluctúa entre el desconcierto y el escepticismo.

El ser humano, consciente o inconscientemente, tiende a enjuiciar el hacer de Dios desde su propia lógica. Le cuesta asumir las maneras de hacer del Señor.

Jesús, el auténtico protagonista del relato, conmovido, turbado en su interior y con las lágrimas en los ojos, llega a la tumba y pide que quiten la losa. Y Marta, que en muchos aspectos se asemeja a Pedro, reacciona de acuerdo con la lógica propia del buen sentido. Después de cuatro días comienza la descomposición y el cadáver huele ya. Ella creía en la resurrección de su hermano en el último día, de acuerdo con sus creencias religiosas, en las que seguía anclada. Su fe era fluctuante y no llegaba a comprender la novedad que entrañaba al afirmación de Jesús. Pero Jesús replica a Marta: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» Esta respuesta de Jesús obliga a Marta, a los presentes y a los lectores del relato, a situarse en la fe ante la realidad de la muerte, así como ante la persona y misión del que no conocen todavía más que como Maestro. Las hermanas y los judíos estaban centrados en la muerte del amigo, Jesús en la gloria de Dios. Dios va a revelar su gloria, donde los hombres no ven más que muerte.

Y ante las palabras soberanas de Jesús a Marta, los presentes quitaron la losa que cerraba el sepulcro del amigo amado. Entonces Jesús ora levantando los ojos a Dios. Marta sabía que la oración de Jesús era eficaz; pero la oración de Jesús no es petición, sino acción de gracias.

Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». (vv. 41-42)

La acción de gracias dirigida al Padre que lo escucha tiene como finalidad suscitar la fe en él como su verdadero enviado. Es un momento solemne. La acción de gracias precede a la palabra pronunciada con autoridad por Jesús. Es el signo de que el enviado actúa en la dependencia del Padre, en la comunión, con su misma autoridad. Es la hora de la glorificación de Dios, tal como lo había previamente anunciado a los discípulos. Jesús actúa siempre en la comunión con el Padre, es su palabra eterna.

Como sucediera en la travesía del Mar Rojo, la palabra venida de Dios dirige todo. Si por medio de Moisés, la palabra de Dios llevó a cabo la liberación del pueblo de la espuerta y la victoria sobre los poderosos enemigos que buscaban someterlo de nuevo a la esclavitud, suscitando así la fe del pueblo en Dios y en su siervo Moisés, ahora la palabra de Jesús, él que es la palabra viva y personal de Dios, resucita a su amigo de la tumba y le da nueva vida. Es la victoria sobre la muerte, el enemigo del ser humano.

Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». (vv. 43-44)

Jesús, con voz potente, recrea la vida para la libertad. Manda que lo desaten para que camine en libertad. Él es la palabra de la vida, la palabra creadora y recreadora, la fuente de la vida y de la luz. Ahora se ilumina su afirmación: «Yo soy la resurrección y la vida». Y lo es en sí mismo. Todos los que se entregan a él, a su palabra, por la fe, harán la experiencia de la vida. Dios, como recuerda la historia de la salvación, realiza todo mediante su Palabra. Nada se resiste a ella. Dios no está sometido al azar. Todo es posible para el que cree. Así se cierra el libro de los signos. El primer signo abre el camino de la alianza, el último, el de la vida sin ocaso.

2.5.- La reacción de los judíos

Ante el signo realizado a la vista de todos, unos creyeron; pero otros fueron a contarlo a los fariseos, quienes determinaron eliminarlo, pues Jesús les resultaba molesto por los muchos signos que realizaba.

Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: «¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación» (vv. 45-48)

Los signos, como vemos por la reacción de unos y otros, son ambiguos, ya que pueden ser interpretados de forma diferente. Lo que sí se evidencia es que la fe y la incredulidad se juegan en el corazón. Algunos son recalcitrantes y se niegan a aceptar el significado de los signos, que atestiguan que Jesús es el enviado de Dios para dar la vida al pueblo y, más ampliamente, al mundo; pero otros se abren a la fe.

II.- EL TRANSFONDO BIBLICO

Para el lector asiduo de la Biblia, el relato de la vuelta a la vida de Lázaro evoca, sin duda alguna, los relatos de reanimación de muertos por los profetas Elías y Eliseo. El relato de la reanimación del hijo de la viuda por Elías, concluye con esta confesión de la mujer: «Ahora sé que eres un hombre de Dios, y que la palabra del Señor está de verdad en tu boca». En el relato se habla de acción, increpación, suplica...etc., de escucha de Dios: «El Señor escuchó el grito de Elías y el «soplo» del niño volvió a su cuerpo y el niño volvió a la vida». (1R 17, 17-24) Todo acontece como acción de Dios por medio del profeta. No es el profeta el que manda y ordena. Es un instrumento de Dios.

En todas estos relatos, más allá de lo maravilloso, lo decisivo es comprender que Dios es Señor de la vida y de la muerte. La fe y esperanza de Israel se sostenía en esta verdad proclamada en el contexto del éxodo: «Pero ahora mirad: soy yo, solo yo, y no hay dios fuera de mí. Yo doy la muerte y la vida, yo hiero y yo curo, y no hay quien pueda librar de mi mano» (Dt 32, 39). *El Dios justo y fiel es el Dios de la vida*. Su palabra es una palabra que salva al pueblo y le traza el camino de la verdadera vida. Él es el viviente y la fuente de la vida.

Durante siglos la fe de Israel se alimentó de una doble afirmación: Dios es un Dios justo y retribuye justamente; y, por otra parte, Dios es el Señor de la vida y también de la muerte. Ahora bien estas dos afirmaciones chocaban reiteradamente con la experiencia personal y colectiva que el pueblo hacía en el curso de los acontecimientos de la historia. ¿No son los malvados los que triunfan en la existencia mundana? ¿Qué pasa con el justo aplastado? Además ¿no nos espera a todos la misma suerte desde el momento que morimos y vamos a la región de los muertos, el Hades? ¿No se ha de realizar la justicia en este mundo? ¿Qué sucede con los muertos? Estas y otras semejantes preguntas golpeaban el alma religiosa de Israel y los creyentes. Los profetas anteriores al exilio, como Amós afirmaban que el poder de Dios se extiende más allá de la muerte, pues convocar a los muertos a la vida (cf. Am 9, 1-4). El salmista canta su alegría y confianza, pues Dios no lo olvidará en la región de los muertos.

Tengo siempre presente al Señor, | con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, | se gozan mis entrañas, | y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás en la región de los muertos | ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, | me saciarás de gozo en tu presencia, | de alegría perpetua a tu derecha. (Sal 16, 8-11)

La dolorosa experiencia del exilio asestó un duro golpe a la fe del pueblo que esperaba la salvación de los poderes de este mundo por parte de Dios. ¿Dónde habían quedado las promesas. El profeta Ezequiel, en un texto que leemos en la Vigilia pascual, proclama cómo los huesos secos resucitan bajo la acción de la palabra profética y el soplo del Espíritu:

La mano del Señor se posó sobre mí. El Señor me sacó en espíritu y me colocó en medio de un valle todo lleno de huesos. Me hizo dar vueltas y vueltas en torno a ellos: eran muchísimos en el valle y estaban completamente secos. Me preguntó: «Hijo de hombre: ¿Podrán revivir estos huesos?». Yo respondí: «Señor, Dios mío, tú lo sabes». Él me dijo: «Pronuncia un oráculo sobre estos huesos y diles: “¡Huesos secos, escuchad la palabra del Señor! Esto dice el Señor Dios a estos huesos: Yo mismo infundiré espíritu sobre vosotros y viviréis. Pondré sobre vosotros los tendones, haré crecer la carne, extenderé sobre ella la piel, os infundiré espíritu y viviréis. Y comprenderéis que yo soy el Señor”». Yo profeticé como me había ordenado, y mientras hablaba se oyó un estruendo y los huesos se unieron entre sí. Vi sobre ellos los tendones, la carne había crecido y la piel la recubría; pero no tenían espíritu. Entonces me dijo: «Conjura al espíritu, conjúralo, hijo de hombre, y di al espíritu: “Esto dice el Señor Dios: Ven de los cuatro vientos, espíritu, y sopla sobre estos muertos para que vivan”». Yo profeticé como me había ordenado; vino sobre ellos el espíritu y revivieron y se pusieron en pie. Era una multitud innumerable. Y me dijo: «Hijo de hombre, estos huesos son la entera casa de Israel, que dice: “Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, ha perecido, estamos perdidos”. Por eso profetiza y diles: “Esto dice el Señor Dios: Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, pueblo mío, comprenderéis que soy el Señor. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestra tierra y comprenderéis que yo, el Señor, lo digo y lo hago” —oráculo del Señor—». (Ez 37, 1-14)

Dios puede hacer vivir un pueblo sin esperanza, sin confianza en el futuro, un pueblo enfermo y moribundo. Israel, en efecto, había perdido toda esperanza de sobrevivir como pueblo. Dios es justo y fiel y su Espíritu es capaz de recrear la vida de forma espléndida y definitiva.

El profeta de la consolación, en los cánticos del Siervo sufriente, proclama cómo Dios lo hace triunfar a pesar de ser llevado como cordero al matadero (cf. Is 52, 13-53, 12). El Siervo, al que muchos dan por muerto, pues lo han sepultado, verá una gran descendencia. La última palabra no corresponde a los grandes de este mundo, sino al Dios de vivos y muertos, al Dios creador de la tierra y también del pueblo. El Dios de la vida es un Dios justo y no puede dejar de hacer justicia a su Siervo.

El segundo libro de los Macabeos habla con claridad de una resurrección para la vida eterna a propósito del martirio de los siete hermanos que, animados por su madre, entregaron sus cuerpos a la muerte antes que renunciar a su fe y trasgredir la Ley dada por el Dios único y verdadero (cf. 2Mac 7, 9.11.14.22; 12, 38-45; Dan 12, 1-3). Dios hará justicia a los mártires, a quienes resucitará para la vida eterna, mientras que el malvado tendrá que soportar la sentencia del Dios justo y verdadero. El Señor resucitará a los suyos en el último día. Era la fe de Marta.

La fe apostólica no cesó de proclamar la resurrección de Jesús de entre los muertos. Pablo afirma: «Si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe» (1Cor 15, 17). Sólo si Cristo ha resucitado hemos sido liberados del pecado y podemos caminar en esperanza. En efecto él ha resucitado como primicia de todos los que han muerto. Esta es la verdad que sustenta la fe cristiana. La muerte ha sido vencida en Cristo que es la resurrección y la vida. Él ha resucitado como primicias y en él resucitamos para la vida sin ocaso.

Os digo, hermanos, que ni la carne ni la sangre pueden heredar el reino de Dios; tampoco la corrupción heredará la incorrupción. Mirad, os voy a declarar un misterio: No todos moriremos, pero todos seremos transformados. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando suene la última trompeta; porque sonará, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es preciso que esto que es corruptible se vista de incorrupción, y que esto que es mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la ley. ¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo! (1Cor 15, 50-57)

El libro de la esperanza, el Apocalipsis, narra cómo la muerte será definitivamente vencida y cómo en la Jerusalén celeste todos podremos comer del árbol de la vida. «El mar devolvió a sus muertos», para el juicio (Ap 20, 7-15). El mar ya no existe. Ya no habrá muerte ni duelo. Todo será nuevo. La nueva Jerusalén, «en medio de la plaza, a un lado y otro del río, hay un árbol de la vida que da doce frutos, uno cada mes. Y las hojas del árbol sirven para la curación de las naciones. Y no habrá maldición alguna» (Ap 21-22). He aquí el destino de los que han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero inmolado y vencedor de la muerte.

III.- CONSECUENCIAS NUESTRAS VIDAS Y PRESENCIA EN EL MUNDO

Tratemos ahora de sacar algunas consecuencias para nuestra condición de miembros consagrados y consagradas en un Instituto secular con una clara vocación sacerdotal. Nos fijaremos en algunos personajes claves del relato evangélico. Luego cada uno puede proseguir su búsqueda, oración y contemplación.

1. Marta y María, cuando se enteraron que Jesús estaba a la entrada de la ciudad, se levantaron y fueron a su encuentro. Y esto es lo propio de quien ama y confía en el Señor. Nos recuerdan estas dos hermanas, tan distintas en sus itinerarios, la necesidad de salir de nosotros mismos, para correr al encuentro del que está llegando. No podemos quedar encerrados ni en los éxitos ni en la lágrimas. La tentación de replegarse sobre uno mismo, sobre todo en el dolor y los sufrimientos, es grande. Es necesario salir en busca del amado, de la fuente de la vida. Juan en el prólogo afirma: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1, 4). Las hermanas vieron la gloria de Jesús quien les devolvió a su hermano con vida, pues habían creído en el amigo de Lázaro, del hermano muerto. ¡Con los años y los achaques, todos tenemos la tentación de replegarnos sobre nosotros mismos! ¡Levantémonos y vayamos al encuentro del que está viniendo!
2. Marta y María recurrieron a Jesús para alertarle de la enfermedad del hermano amado por Jesús. Es el camino de la amistad y también de una auténtica intercesión. Ellas no dicen lo que Jesús debe hacer. Le dan a conocer la situación y le dejan hacer. Estamos

aquí ante una dimensión sacerdotal muy importante, como la de la madre de Jesús en las bodas de Caná. Y esto supone interrogarnos cómo estamos viviendo nuestro ser sacerdotal en el mundo. Nuestro mundo está enfermo. No podemos dejar de preguntarnos si acudimos al Señor para decirle: el que amas está enfermo, muy enfermo. Encontramos aquí tres dimensiones de la intercesión de suma importancia. Ante el desconcierto y sufrimiento del mundo, ¿acudimos a quien puede curarlo, sin juzgar ni condenar, sino con la certeza de que él ama nuestra humanidad? La hermanas, en segundo lugar, no dicen qué debe hacer Jesús, les basta con presentarle la situación. Nosotros, con frecuencia, le decimos a Jesús lo que debe hacer en la situación, queremos que actúe de acuerdo con nuestras ideas. Y, en tercer lugar, las hermanas esperan y no desesperan aun cuando deban vivir en un primer momento la muerte del hermano. Ellas lloran, pero confían.

3. Marta, nos dice el relato, fue en búsqueda de su hermana y le dijo: «El Señor está ahí y te llama». Ella no se quedó con Jesús, salió en busca de su hermana, para hacerla partícipe de la presencia del amigo amado. Y en esto consiste la misión, en decir al hermano que el Señor está ahí y lo llama. Marta no sabía todavía lo que iba a suceder, quizás ni pasó por su imaginación lo que Jesús iba a realizar. Pero sabe lo que hay en el corazón dolorido de la hermana y le proporciona el remedio adecuado. Marta nos personaliza a todos nosotros, a la Iglesia en medio del mundo. Benedicto XVI expresó de maravilla esta dimensión cuando afirmó al inicio de su pontificado: «Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él». ¿Cómo comunicar a los hermanos que el Señor está ahí, que los ama y llama?
4. Marta y María, por tanto, se han de abrir a una fe incondicional en el amigo amado. Es la condición para ver y palpar la gloria de Dios, esto es, cómo la resurrección y la vida se han hecho visibles en la persona del Maestro. La experiencia de ser amado conduce a la fe y la fe se entrega al amado en el amor, en él pone toda su confianza que es lo propio del amor.
5. Si volvemos ahora la mirada ahora a los discípulos, ellos nos alertan sobre puntos esenciales de la vida apostólica. No terminaban de entender a Jesús, pues no avanzaba de acuerdo con la lógica de la cultura, incluida la cultura religiosa, sino desde la comunión con su Padre con quien es uno. Él sabe lo que va a hacer para manifestar la gloria del que lo ha enviado. Pero los discípulos, en la persona de Tomás, nos recuerdan la importancia de caminar con Jesús hasta el don de la propia vida. «Vamos también nosotros y muramos con él». Luego le abandonaron en el momento de la cruz. Tenían miedo, no habían recibido todavía el Espíritu. Pero lo que cuenta realmente es la actitud profunda del corazón. Esta disponibilidad para ir con Jesús hasta el final, para ser su mártir, es determinante en nuestra vida. Y lo negaron aún después de haber visto tantos signos. ¡Seamos humildes! El sacerdocio existencial reclama de nosotros esta disposición de ánimo para marchar con Jesús hacia lo desconocido.
6. Jesús enseña el camino a seguir en nuestra vida. Su única perspectiva es manifestar la gloria de Dios. Al oír que su amigo amado está enfermo, dice: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». En la cruz acontece plenamente la gloria del Padre y la suya. Es la resurrección y la vida pasando por la cruz. Y esto nos cuesta entenderlo. En la vida y en la muerte glorificamos al Señor y podemos ser glorificado en él. ¿Lo creemos?

Pablo expresa lo mismo en un texto maravilloso de su carta a los romanos: «Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien; a los cuales ha llamado conforme a su designio. Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.» (Rom 8, 28-30)

7. La oración de Jesús, por otra parte, da cuenta del dinamismo de la oración filial. Ella empieza por la acción de gracias, pues se siente escuchado siempre por el Padre. Y esto es verdad, para nuestra oración, tal como nos la enseñó el verdadero Maestro de la oración y que el Espíritu alienta en nosotros. Jesús, ante la cruz, también fue escuchado por su actitud reverente, pero no por ello dejó de hacer la experiencia del aprendizaje de la obediencia. Pensamos a veces que nuestra oración no es escuchada porque no acontecen las cosas como queremos y en el momento que queremos.
8. Puesto que Jesús es la vida y el principio de la vida sin ocaso, de la vida eterna, en la medida que permanecemos en él ya compartimos su resurrección y su vida de Resucitado, aun cuando sea de una forma precaria. Hemos sido salvados en esperanza. La vida cristiana es un vivir en Cristo. Vivir de su Espíritu y de acuerdo con nuestro ser en él.

La carta a los colosenses afirma: «Por tanto, si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con él.» (Col 3, 1-4)

9. Centremos ahora nuestra mirada en Lázaro, el hermano y amigo amado. Su presencia es constante, pero su silencio impresiona. Él nos recuerda que la vida es frágil. Poseemos la vida, se podría decir, en usufructo. La vida no depende del hombre, sino de Dios: «él hace morir y vivir» (Dt 32, 39). Da y retira su aliento.

La vida es corta, como una sombra, como humo, provisional. «Señor, dame a conocer mi fin y cual es la medida de mis años, para que comprenda lo caduco que soy. Me concediste un palmo de vida, mis días son nada ante ti; el hombre no dura más que un soplo, el hombre pasa como una sombra, por un soplo se afana, atesora sin saber para quién. Y ahora, Señor, ¿qué esperanza me queda? Tú eres mi confianza.» (Sal 39 [38], 5-8). Pero al mismo tiempo, la vida es sagrada, pues viene de Dios y él no quiere la muerte de los suyos, sino que vivan por la fe en Cristo Jesús, la resurrección y la vida.

10. Para concluir esta meditación conviene recordar que Jesús, el hijo del carpintero, no dudó en pasar por la muerte para ser nuestra resurrección y vida. En efecto, como lo recuerda la fe apostólica, él resucitó de entre los muertos como primicias de todos los creyentes. El apóstol Pablo escribía a la comunidad de Corinto:

«Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre vino la resurrección. Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados.» (1Cor 15, 20-22)

La gracia bautismal es un morir con Cristo para resucitar con él a un vida transfigurada. «Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo

mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y, de este modo, nosotros dejáramos de servir al pecado; porque quien muere ha quedado libre del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. (Rom 6, 4-11)